



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

206507
E3
E4

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.



I.

La casa de campo.

NUESTROS antepasados conocían solamente á la ciudad de Angeres bajo el nombre de la *Ciudad Negra*; este nombre lo debía al sombrío color de las pizarras, de que estaban sus tejados revestidos, y por cierto que le cuadraba muy bien.

Hoy, al derredor de esta ciudad gótica y severa, se extienden espaciosos y risueños boulevares, como una zona de verdura y de casitas blancas, que la dejan aislada y separada de la campiña, tan lozana y tan tranquila, bajo ese cielo dichoso que tiene la radiosa luz del Mediodía y la frescura del Norte.

Uno de los más lindos puntos de vista de las inmediaciones de la ciudad es el estanque de San Nicolás, cerca del cual se eleva la colonia agrícola titulada de las Hijas del Buen Pastor: algunas casas de campo se hallan sembradas en las suaves pendientes de las colinas que dominan el valle del Maine

los extranjeros buscan esas bellas moradas, esa tierra amable de la que el viejo poeta de Belley celebraba las dulzuras: todos aman aquellos jardines umbrosos, que descienden hasta las claras aguas del río; aman aquel cielo tranquilo y propicio á la salud del cuerpo y del alma, y como los pájaros que sienten el frío vuelan hacia más clementes horizontes, los habitantes del Norte buscan el oasis de Angeres, ese sol que les acaricia sin quemarles, esos lugares donde se ven florecer los naranjos de la Provenza al lado de los espinos de la Suecia, y de los rododendrones que tienen por patria las frías vertientes de los Alpes.

Hará como unos veinte años, poco más ó menos, que una de las casas de campo de San Nicolás fue alquilada después de largo tiempo de estar desocupada, á personas extrañas al país, y que por lo mismo atraían la atención curiosa de los vecinos: estos se agruparon delante de la puerta el día que un gran furgón llegó á ella lleno de equipajes y descargó cofres, cajas, cestos, muebles, cuidadosamente embalados, un piano y un arpa en su estuche; cada objeto ocasionó más de un comentario entre los desocupados que al día siguiente volvieron á agruparse á la llegada de una silla de posta, y con la boca y los ojos abiertos cuan grandes eran, vieron salir de ella, primero una robusta joven, adornada de la alta cofia normanda; después, una camarera, con la cara negra, los cabellos lanudos, medio cubiertos con un

pañuelo de foulard amarillo, y que era la más perfecta hija de Guinea que hubiera desembarcado jamás en las costas de Europa. Esta mujer se inclinó hacia el fondo del carruaje, tomó en sus brazos una niña dormida, blanca y rosada; una joven esbelta y elegante descendió á su vez y dijo á la negra con voz dulce:

—¡No la despiertes, Cora!

La cocinera normanda, la negra y la joven dama entraron en la casa, la puerta se cerró y los curiosos ocuparon la noche en reflexiones y conjeturas.

—Es una actriz de París,—dijo el maestro de escuela con tono de suficiencia;—viene á descansar al campo y á repasar sus papeles, y se dice que la niña va á debutar este invierno.

—¡Cómo! ¡á su edad! pero, ¿y la negra?

—También trabaja en algunas piezas: por ejemplo, en *El Moro de Venecia* y en *Pablo y Virginia*.

—En cuanto á mí,—dijo un político del pueblo,—creo que es una duquesa de Sajonia-Coburgo, que viene á educar esa pequeña princesa destinada al heredero de un trono.

—¿Qué trono?

—¡El de Inglaterra!

—Yo creo,—dijo otro,—que es solo una mujer que ha tenido desgracias: ¡su aire es tan triste!

—Sin embargo, tiene también muy hermosos muebles: ¡qué sillones! ¿habéis visto

que espejo tan grande, qué cuadros, qué sillitas de seda y qué lámparas de oro?

Las conversaciones siguieron su curso, llegaron á su apogeo y enmudecieron poco á poco: nada las alimentaba: porque la vida de la dama extranjera era igual, digna y sin misterio: todos sus gastos se pagaban al contado, medio excelente para contener las suposiciones desfavorables. Recibió algunas visitas, entre ellas las de un banquero, de un magistrado y de un notario de Angeres, acompañados de sus esposas, lo que bastaba á atestiguar la regularidad y la distinción de su posición social. Frecuentaba asiduamente los domingos la iglesia de su parroquia, y con frecuencia, durante la semana, se dirigía hacia la capilla del Campo de los Mártires; en una palabra, su conducta no ofrecía nada que pudiese alimentar la curiosidad provinciana, y habiendo surgido otros acontecimientos, cesaron de ocuparse de ella. El público supo que se llamaba madama de Villiers, y se la creyó viuda y dedicada por completo á la educación de su hija, de su pequeña Julia.

El amor maternal, parecía, en efecto, el único motor de aquella existencia solitaria: jamás se veía á la hija sin la madre: cuando Julia jugaba en el jardín, la joven extranjera, sentada en el terrado, en medio de las flores exóticas que cultivaba, la seguía incesantemente con los ojos, y con frecuencia, sacudiendo la melancolía de que se sentía abrumada, se mezclaba á los juegos de Julia

y la enseñaba á divertirse, ciencia que no posee ningún niño que se educa solo: se la veía también cerca de su ventana, medio tendida en un sillón, con un libro sobre las rodillas y ocupada en iniciar á la niña en los misterios del alfabeto: algunas veces se oía en el piano el choque de una mano infantil, rectificado y dirigido en seguida por la voz y los dedos maternos.

En la iglesia, Julia acompañaba siempre á su madre, y miraba atentamente los cuadros, las estatuas, los cenotafios, en tanto que madama de Villiers, con la frente entre las manos, meditaba y oraba: en fin, de todos los sentimientos que pudiera encerrar el alma de la extranjera, el solo aparente y visible era el amor apasionado por su hija, y aun cuando la opinión pública hubiera sido severa para ella, esta afección maternal, exclusiva y ardiente, la hubiera servido de égida.

Madama de Villiers tenía la costumbre de acostarse tarde; mucho tiempo, durante la noche, y en medio de la campiña obscura, se veía lucir su lámpara, y algunas veces, pasar detrás de las cortinas de la ventana su sombra esbelta y ligera: era en su cuarto de dormir, cerca de la alcoba, donde Julia reposaba con el sueño de sus seis años, donde pasaba sus horas de velada: leía, escribía, algunas veces quedaba pensativa y otras muchas lloraba. La soledad y el silencio despertaban sus recuerdos, y ninguno era sin amargura: solo la niña, dormida, medio son-

riente en sus sueños, con su bracito blanco y mórbido, plegado bajo su cabeza, sus bucles rubios, cayendo sobre sus rosadas mejillas y su cuello de marfil, sólo esta imagen encantadora de paz y de esperanza, la serenaba; y después de haberla contemplado largo tiempo, oraba con más confianza, escribía ó trabajaba con más calma: así fue interrumpiéndose frecuentemente para mirar á Julia, como acabó una larga carta, empezada desde hacía muchos días.

Estaba dirigida á *Madama de Elnon*, habilitaciones de *Limbé*, isla de *Borbón* y decía así:

Mi muy querida Laurencia: ¿Has dudado de mí? ¡Ay! ¡derecho tienes para ello! ¡Tres años de silencio absoluto! ¿Qué has pensado? ¿Qué temores ó qué dudas has abrigado acerca de mi errante destino? ¡Mi pobre amiga, quizás crees que no soy ya de este mundo! ¡Quizás has rezado ya por mí en esa iglesia de San Dionisio, donde ambas hemos sido bautizadas! ¡Quizás piensas que en medio de los placeres de Europa te he olvidado á tí, mi amiga, y casi mi hermana!

Pero no: me parece que tú conoces mejor mi corazón, y que has adivinado que si no te escribía es porque no tenía nada que decirte de dulce y tranquilizador: á tan larga distancia la queja es demasiado cruel para el corazón amigo que la recibe.

Poco te he escrito después de mi matrimonio, y tú no has conocido, mi querida Laurencia, más que el lado ostensible de mi vida; ya sabes

que después de la muerte de mi pobre madre, mi padre no quiso seguir viviendo en esa isla, en esos lugares, que quizá sólo por ella había amado, porque ella había nacido en ellos y le eran queridos: mi padre me trajo, pues, á Francia, á Angeres, en donde tenía algunas relaciones de familia, y yo terminé mi educación en la casa paterna por los cuidados de una institutriz, excelente persona que ha procurado prepararme á las dificultades de la existencia: mas ¡ay! ¡ella no me dijo cuánto el camino era rudo y penoso!

La salud de mi padre parecía alterada, y funestos presentimientos, que por desgracia no le han engañado, le hacían apresurarse para darme un apoyo y una familia nueva. Me habló de este particular, invocó mi razón y me hizo llorar, y para tranquilizarle, porque aquellas vivas inquietudes le hacían daño, le dije que mi mayor dicha sería obedecerle, y que, si lo deseaba, estaba pronto á casarme: tenía apenas diez y ocho años.

¿Sabes cómo se hacen los casamientos en Europa, y sobre todo en Francia? Dos familias no se conocen, y acaso una larga distancia las separa, pero una de ellas tiene un hijo: en la otra crece una hija: un amigo común halla que esos dos jóvenes que no se han visto jamás, que no tienen quizás ni la misma educación ni los mismos gustos, se convienen, y que harían una linda pareja, porque la edad y la fortuna están en armonía. Entabla la negociación y habla á las dos familias: el padre, que desea un yerno, elogia al joven, habla hábilmente de la

señorita á la madre que desea una esposa para su hijo, se arregla un encuentro, los dos jóvenes ven el exterior de la persona con quien van á pasar la vida, los padres se ponen de acuerdo, y, en una palabra, se casan con los ojos cerrados y el corazón también, aturdidos con el ruido que se hace á su alrededor... ¡Perdóname un poco de amargura, Laurencia! ¡Ay! ¡La elección que han hecho no ha sido dichosa para mí!

De esta manera fuí unida á un joven á quien sus negocios traían con frecuencia á Angeres, que uno de mis primos presentó á mi padre, y que yo acepté con absoluta confianza.

¿Por qué no se sentó la dicha en nuestro hogar? ¿Por qué no he hallado á lo menos una situación soportable? Yo me hago estas preguntas, con sangre fría, ahora que el tiempo ha calmado mis penas y mis impaciencias, y que, colocada á cierta distancia de los acontecimientos, puede juzgarlos con imparcialidad: hago justicia á mi marido: muchas cosas de él pueden captivar el corazón de una mujer, su juventud, su gracia, sus maneras agradables y distinguidas, y aun más las cualidades de su corazón; su posición es bella y sólida: hijo único de una madre viuda que le ha educado con un cariño celoso, parecía que no teníamos nada que temer...; en cuanto á mí, yo llevaba mi juventud, un rostro que se elogiaba á porfía, y una grande necesidad de afección y de sacrificio. Mi madre política, con quien debíamos vivir, era, por muchos conceptos, una mujer respetable y de espíritu elevado; pero amaba mal á su hijo y

esto fue el origen de todos nuestros pesares.

Las primeras semanas de mi matrimonio las pasé al lado de mi padre; aquellos fueron días bien serenos: una aurora que parecía llena de promesas, una primavera que dejaba esperar rica cosecha... Mi marido parecía amarme; tenía para mí dulces palabras, atenciones afectuosas, y mi padre, que nos observaba, nos vió partir sin temor. El también contaba con el porvenir, y abrazando á mi marido en el momento de la partida, le dijo:

—Quedo consolado porque la confío á un amigo.

¡Pobre padre! Se durmió con esta certidumbre. Su última hora no ha sido turbada por angustiosos temores acerca de mi porvenir... ¡Bendito sea Dios, que así lo ha permitido!

Mi primera impresión de tristeza después de esta cruel separación, fue la que experimenté al entrar en la ciudad donde debía habitar en adelante. Caen tiene sin embargo, una gran reputación entre los arqueólogos: es una ciudad gótica, llena de recuerdos, donde cada piedra trae á la memoria un nombre célebre, cada ángulo de una calle una fecha histórica; pero, ¡cuánto aquellas casas sombrías, objeto de la admiración de los anticuarios, aquellas altas y obscuras iglesias sembradas de tumbas, me parecían tristes, á mí, que jamás había dejado el campo, que había vivido en las comarcas amadas del sol, y que había pasado mi infancia en las orillas del mar de las Indias, y mi juventud bajo el cielo propicio del Anjou! El cielo normando, la verdura obscura de aquellos campos,

las interminables praderas, la ciudad gris y severa, toda me llenaba de melancolía, y nuestra casa misma, que desde hacía más de un siglo pertenecía á los Villiers, me pareció, aunque adornada para recibirme, una fúnebre morada. Al verla pensé en nuestra riente casa de Borbón, y en el pabellón cuyas ventanas daban al hermoso valle del Maine, célebre en Francia por la belleza y la frescura de su paisaje, y me parecía que un presentimiento helaba mi corazón, como la niebla fría que caía el día de nuestra llegada hacía temblar mi cuerpo... ¡Si! era un presentimiento, y desde que me hallé sola me puse á llorar; nadie me consoló, porque León se encerró con su madre so pretexto de darle cuenta de los negocios, y ya no volví á verle hasta el momento de la comida.

¿Has leído, querida Laurencia, en la vida del santo Rey Luis, la historia de la pobre Reina Margarita? Esta también tenía una madre política, una mujer noble, heroica, pero celosa; y, algunas veces, la joven Reina le decía:

—¿No me dejaréis con mi esposo ni en la vida ni en la muerte?

Esta es mi historia: el esposo que yo había aceptado, no bien entró en la casa materna, entró también bajo la autoridad omnipotente de la que le había educado, y yo no tenía en su existencia otro sitio que el de una niña, de la cual los juegos y las lágrimas hacen sonreír igualmente, y no tienen más importancia los unos que los otros.

La madre de León no me maltrataba ni me reñía; la dureza y los malos procederes ostensi-

bles no hubieran convenido ni á su educación ni á su carácter, que tiene cualidades nobles; se limitaba únicamente á obscurecerme: colocada entre León y yo, no dejaba venir la intimidad, á ella estaban reservados el secreto de sus negocios, las alusiones, rápidamente comprendidas, á un pasado que me era extraño, los proyectos del porvenir y las graves conversaciones, en las cuales, nunca me iniciaban. Yo estaba allí como un ídolo mudo, al que se dan trajes, joyas y flores, pero al que se juzga incapaz de concebir ó de exponer una idea: cuando yo hablaba, la madre de León me escuchaba con una sonrisa distraída; mas si me ocurría lo que ocurre á todo el mundo, enunciar una opinión atrevida ó sostener un error, me contestaba de una manera tan viva y con una ironía tan bien calculada, que yo quedaba aturdida y ya no sabía qué decir; mis defectos eran puestos en evidencia hábilmente y sin que pareciese tocar á ellos. Por ejemplo, yo no tengo la actividad devorante de las francesas, no sé ni levantarme con el día, ni trabajar, ni moverme cuando el tiempo es frío y el cielo está gris; Madama de Villiers decía dulcemente á sus amigas, en presencia de mi marido:

—Yo continúo ocupándome de todos los negocios de la casa; ¡nuestra querida Carolina es una amable perezosa, una verdadera criolla!

Otras veces y á propósito de compras para el interior de la casa, decía á León:

—No fastidies á tu mujer con esos detalles, mi querido hijo; ¿no estoy yo aquí y estaré siempre para complacerte?

Sin embargo, yo me esforzaba todo lo posible, y á falta de talentos, á falta de energía natural, tenía una buena voluntad, de la que se podía haber sacado partido con un poco de simpatía y de dulzura; era yo como las lianas de nuestro país; buscaba un sostén y hubiera quizá dado algunas flores al que me hubiera apoyado contra su corazón. Al principio no comprendía yo bien lo que pasaba al derredor de mí y me preguntaba por qué lejos de soldarse más la intimidad entre León y yo, disminuía de día en día; y cuando ví claro, cuando comprendí de dónde venía el mal, era ya demasiado tarde; probé á luchar y á reconquistar mis derechos, y naturalmente, la ternura fue mi primera arma; llamé á la puerta del corazón de León, pero éste permaneció cerrado: su primera afición, la afición dominante de su vida, había recobrado todo su imperio. ¿Qué era el reinado de mi primero y tímido amor al lado de veinticinco años de vigilancia, de sacrificios y de ternura apasionada de su madre?

Con toda sinceridad te lo confieso, Laurencia; yo no podía luchar contra ese culto filial, fundado en el reconocimiento sobre las más nobles virtudes, y que no permitía á León ver que su madre ni una sola vez había dejado de ser perfecta. Es cosa muy triste de confesar; con un hijo olvidadizo y ligero, yo hubiera sido dichosa quizá, y mis penas se deben á la exageración de ciertas cualidades que yo admiraba, aun sufriendo por ellas.

Nada conseguí, pues, porque mi marido no quiso oír una palabra de queja contra su ma-

dre, ni nada que se refiriese á la idea de dejarla. Quedé, pues, sujeta á mi cadena y á mi soledad; pero Dios me envió un poderoso consuelo; yo iba á ser madre á mi vez.

Mi hija, mi pequeña Julia, fue recibida al nacer por León y su madre con una tierna alegría, que borró á mis ojos el recuerdo de sus sinrazones y de mis penas. Tuve algunos meses tranquilos y dichosos, turbados, sin embargo, por la muerte de mi pobre padre; murió casi repentinamente lejos de mí, pero creyéndome dichosa. Y pareció que el que tanto me había amado me legaba su alma para querer á mi tierna hija; ella era todo para mí, Laurencia, y los sentimientos que habían sido encerrados en el fondo de mi alma, parecía como que hallaban su expansión al lado de la cuna de mi hija. Único amor que me era permitido, yo me daba á él por entero, y ella tenía el poder de hacerme olvidar tantos pesares y crueles decepciones, y hasta la pérdida de mi padre, tan bueno para mí; y puede tanto una inocente criatura que, Julia, aun sin saber hablar, envuelta aún en sus mantillas, que solo me probaba su afecto con su risa inocente, ó tendiéndome sus bracitos, encerraba para mí el mundo entero.

Yo dejaba sin pena el cetro de los negocios y de los asuntos domésticos entre las manos de la madre de León; le dejaba entera libertad, y estaba contenta con todo, con tal de que Julia estuviese buena y de que yo tuviese el espectáculo de sus juegos, y el goce de sus primeras caricias; aquellos primeros años, en que la niña pertenecía á mí sola, me han dejado

mil recuerdos deliciosos; pero á medida que Julia crecía, veía yo que otros tenían derecho sobre ella y la voluntad de revindicarlos. Mi madre política tenía acerca de la educación ideas muy claras y muy firmes; no quería otra enseñanza que la que se da en los colegios, la que se recibe en común y esto desde los primeros años de la infancia; hallaba en esto grandes ventajas para el carácter; yo encontraba grandes inconvenientes para la delicadeza del alma, y de esta diferencia de opiniones nacieron nuestras primeras querellas, después de un largo reposo.

Yo empleé quizá para defender mis intereses demasiada vehemencia y acaso alguna cólera; ella me opuso la calma inflexible y más dura que el granito, de que estaba armada siempre.

Después de algunos días de palabras más ó menos vivas, más ó menos acerbas, llegó uno en que León me dijo fría y positivamente que había decidido enviar á Julia á una casa de pensión, para que pasara en ella el día entero. Daba, pues, toda la razón á su madre en la cuestión que tan dolorosamente nos ocupaba. Desde este momento, Laurencia, fue una lucha abierta, y la niña, por más que sea muy triste decirlo, era el premio que nos disputábamos. Madama de Villiers, sin embargo, me la había ya arrebatado; Julia había pasado á otras manos, y hasta por la noche, cuando la niña venía á casa, que debía haberme pertenecido por entero, su abuela intervenía; me acusaba de malear su carácter por mis idolatrías, y poco consecuente con las ideas que manifestaba, buscaba el cariño de

Julia y la atraía á su partido, prodigándole mucho más que yo misma los juguetes, las golosinas y las caricias. Después de habermo robado mi bien, el corazón del padre, quería arrebatarme mi tesoro, el cariño de la hija.

Estas reflexiones, estos temores, el terror con que miraba el porvenir por el largo camino solitario donde ningún corazón quizá sería mi refugio, agriaban mi humor; yo respondía con violencia á los menores ataques, yo provocaba algunas veces disgustos, obligada por una agitación interior, y nuestra existencia llegó á ser poco á poco intolerable; ninguna ternura, ninguna tolerancia dulcificaba el interior de aquella vida. Por diferentes veces probó León á reconciliarme con su madre, pero era tarde. ¡Su voz no hallaba el camino de mi alma! Por otra parte, un temor cruel me absorbía por entero: el de que se me arrebatase el cariño de mi hija!

—¡No queréis ni podéis vivir con mi madre,—me dijo un día mi marido,—y esta es sin embargo una condición precisa de nuestra existencia, porque yo no la dejaré nunca!

—¿Estáis decidido á eso?—le pregunté.

—Sin duda, y no es la opinión del momento; yo sé lo que debo á mi madre.

—¿Y á vuestra esposa no le debéis nada?

—A mi esposa sé también lo que le debo, y por eso le propongo la vida más hermosa y más dulce, en familia y en la intimidad de mi madre, que es digna de todos los respetos.

—¡Con la que no se puede vivir!

—¡Vos sola no podéis vivir con ella!—repuso León con amargura.

—¡A nadie le sería posible! —exclamé á mi vez.—Con vos sería muy feliz, León, si consintierais en alejaros de vuestra madre.

—¡Jamás! —dijo con una decisión que me llenó de espanto.

La idea de una separación habia germinado ya en mi mente; mi marido no quería dejar á su madre y darme la suerte ordinaria de todas las mujeres, que son señoras absolutas de su casa y reinas de su hogar, entre su marido y sus hijos; me condenaba á sufrir eternamente aquel yugo, tan dulce para él, tan intolerable para mí; eternamente estaría yo contrariada, herida, perseguida en mis deseos y en mis derechos... Este porvenir me parecía odioso, no podía aceptarlo y el rompimiento inevitable debía tener lugar, pero entre el esposo y la esposa, entre el padre y la hija.

Un día, á continuación de una disputa más amarga que todas las otras, yo pronuncié en voz alta la terrible palabra separación, que estaba siempre en el fondo de mi pensamiento. El silencio me respondió; pero al día siguiente, y después de una larga conversación con su madre, León me dijo:

—Carolina, vos lo queréis, y yo no me opongo; nos separaremos, pero amigablemente y sin ruido; hago justicia á vuestras cualidades y hubiera sido muy dichoso si por atención á mi madre, á la que todo lo debo, hubierais adoptado su manera de ver y de sentir. Yo no puedo alejarme de la que me ha hecho cuanto soy, de la que no tiene más que á mí en el mundo, y si persistís...

—Persisto, si os empeñáis en no cambiar de resolución.

—Pues bien, así sea; os llevaréis á Julia; es un sacrificio que la equidad exige de mí, pero yo á mi vez exijo de la vuestra que desde que cumpla ocho años, venga en cada uno de ellos á pasar dos meses con mi madre y conmigo. ¿Queda esto acordado? ¿Os conformáis?

—Sí,—respondí.

León me tendió la mano y yo puse en ella la mía. Quizá nuestros corazones se inclinaban en aquel instante á una reconciliación, mas un obstáculo se elevaba... este obstáculo no fue posible salvarlo; ni el uno ni el otro quería ceder y nos separamos, no sin pesar quizá, pero sin vacilación.

¡Qué horas tan penosas fueron las mías desde entonces! Después de largas reflexiones, después de muchas tristes miradas á esta vasta Francia, resolví volverme á Angeres, donde mi padre tenía algunos parientes lejanos; sola en este país, en donde soy extranjera, creí hallar de este modo algo parecido á una protección, á una familia, y una mañana salí sin ruido de la casa conyugal y me vine aquí, donde vivo en una profunda soledad con mi hija y dos sirvientes: la una es una buena y fiel normanda que me ha seguido, y que sufría también con el despotismo de madama de Valliers; la otra es mi cariñosa Cora, mi hermana de leche y que se ha educado conmigo.

—Mi casa es bonita; he hecho construir una pequeña estufa y cultivo en ella algunas flores de nuestro país. ¡Cómo te reirías al ver mis

áloes y mis palmeras! ¡Pero el ángel de la casa es Julia! ¡Es mi rayo de sol, mi pensamiento continuo, mi cuidado de todos los instantes! Quiero educarla bien y cultivo para ella mi espíritu y mis pequeños talentos; trato de hacerle amar á Dios, pero creo que por caro que me sea este deber, no basto yo para llenarlo sola; por esta causa he formado el proyecto de llamar en mi ayuda á mi antigua institutriz, la buena señorita Ester de la Rochette. Conozco su corazón, sus principios y me inspira la más completa confianza.

Ya sabes mi historia, querida Laurencia; he acusado á los otros, pero no me creo exenta de culpa; mi carácter no ha sabido doblegarse, y si madama de Villiers ha tenido falta de condescendencia y mi marido falta de firmeza para sostener mis derechos, que eran también los suyos, yo he tenido falta de paciencia y quizá de humildad; reconozco mis sinrazones, pero tampoco los veo á ellos puros de todo reproche.

Sin embargo, León es más excusable que su madre, y yo comprendo el sentimiento que ha dictado su conducta; nunca un hijo ha debido más á la que le ha dado el ser; pero tampoco ningún hijo ha hecho más grandes sacrificios al culto filial.

Yo te abrazo, mi querida Laurencia, y te ruego que me escribas y que me des noticias de la isla de Borbón y de todos los tuyos; eres dichosa, y créelo, el cuadro de tu felicidad me será dulce.

Te remito un pequeño retrato, hecho al lápiz, de mi Julia; verás por él que se parece poco á

tu amiga: tiene los ojos, la tez y los cabellos de León.

Adiós, Laurencia, nunca te olvida tu hermana adoptiva. En tanto que viva te amaré, y mi corazón se acordará siempre de tí y de nuestra patria.

Tuya con el alma, tu amiga,

CAROLINA DE VILLIERS.

Vistas desde lejos, nuestras faltas y nuestras desgracias se iluminan recíprocamente, y la joven madama de Villiers reconocía de una manera implícita que un poco más de paciencia y un poco menos de orgullo, hubieran hecho aceptable una situación que, como todas las cosas humanas, tenía su lado defectuoso. Mas el pesar que sentía lo dejaba ver sin saberlo; ninguna idea de arrepentimiento se había dibujado en su mente, y concentrando todas sus facultades y todos sus pensamientos en un solo fin, se dedicó por completo á su pequeña Julia, amor con que sustituía los otros amores, deber queriendo que suplía á todos los deberes.